

niobras de los ejércitos, al ruido de los caballos, de los fusiles y de los cañones. El 1.º de Noviembre se acercaba sobre él como telon sobre escenario. El mundo antiguo acaso haya visto erigir una ciudad para cincuenta mil habitantes en tres años. No quiero disputar nada á los fundadores de Alejandría. Pero lo que seguramente no ha visto el mundo antiguo es hacer una ciudad en tres años, para vivir seis meses y deshacerla en uno. Esas campanas que llenaban los espacios con sus sinfonías de bronce se iban á callar. Esos cuadros, que ornaban los muros de la Babel del trabajo, iban á desaparecer como los fantasmas de un sueño. Las estatuas corrían á ornar otros monumentos. Las máquinas, que allí tenían tan monstruosa actividad, y que respiraban juntas como inmenso ejército, formando bajo su bóveda de kilómetro y medio, las más estridentes, pero las más singulares armonías que han oído los hombres, dirigíanse á cardar, á hilar, á tejer, á perforar, á sembrar, á trabajar en otros puntos, donde servían ménos al estudio de los observadores, más á las necesidades de la industria. Hubo quien propuso que se dejaran como estaban todos aquellos objetos, para que compusiesen el museo de la humanidad en el campo de la federación universal. No dudo que la idea es grande. Pero no creo que tantos propietarios pudieran sacrificar inmensas riquezas en aras de esta idea; no creo que ningun gobierno, y ménos el gobierno francés, en aquellas circunstancias pudiera pagarlas. Cada nación se llevaba sus productos; cada raza se volvía á su hogar. El chino partíase hácia Oriente, contando que hay una ciudad maravillosa allá en la lejána Europa, mas que no vale ni la mitad de lo que su ciudad natal, porque la habitan los extranjeros, los bárbaros. El africano entrará en sus aduanares, y el recuerdo de París con su cielo cénicento le será un recuerdo triste, y los días pasados á orillas del Sena, días negros. Nada hay en el mundo como el pedazo de cielo que cubre, cual las azules alas de un

ángel, ese nido sagrado de la pátria. La Exposición se desvanecía; y no era dado decir, recordar, escribir esto, sobre todo por los que estuvimos allí y la visitamos todos los días, durante seis meses, viendo sus maravillas, estudiándolas; no era dado decir esto sin profundísima congoja.

Un desterrado creía que aquel espacio era neutral y que allí estaba también su pátria. Porque, á pesar de las esperanzas contenidas en la redención del trabajo, nuestro dolor era tan grande que algunas veces, cuando nos imaginábamos las montañas perforadas por la locomotora, el mar atravesado por los hilos del telégrafo, el telescopio del astrónomo penetrando más lejos en el abismo de los cielos y la sonda del minero ó del geólogo más hondo en los abismos de la tierra, mayor tristeza se apoderaba de nosotros, porque en esa actividad prodigiosa del trabajo nuestra vida de un día se disipaba, como la mota de lana que se arroja en los dientes de una máquina. Sin embargo, el trabajo es creador, y su obra es la segunda creación. Estos círculos concéntricos del cielo de la industria son la antítesis de los círculos concéntricos del infierno del Dante. Maldecid como queráis la civilización moderna, pero antes miradla en sus obras. Si después de haberla contemplado la maldecís, sereis tan ciegos como el ateo, que niega á Dios después de haber contemplado una noche estrellada. Soberbia es la galería de las máquinas. Se entra por un arco de triunfo de esehierro, que con el carbon es el grande auxiliar de la industria, lo que el oro y la plata son en el comercio. Una máquina hila, otra carda, otra teje; una inmensa torre móvil levanta los curiosos al techo del palacio; un motor alza su gran brazo de bronce que semeja la batuta de una orquesta. En cuarenta y cinco minutos fabrica una de esas máquinas un par de zapatos. Otra hace con escamas introducidas en globulillos de vidrio perlas falsas. Otra graba tarjetas con la celeridad del relámpago. A un lado

hay una máquina que fabrica á millares letras de imprenta; á otro cajistas del sexo hermoso que las componen y ajustan para imprimirlas. En cincuenta minutos la piel de un conejo se convierte en un sombrero de fieltro. Pero no nos detengamos ante las particularidades; miremos el conjunto. Ahí está Bélgica con sus máquinas de imprimir; Holanda con sus wagones; Prusia con su cañon mónstruo, tubo gigantesco por donde Bismark piensa hacer pasar los pensamientos de tantos filósofos y los cánticos de tantos poetas, para formar la unidad de la pátria; Baviera con sus bombas de hacer cerveza, esa bebida de la cual han salido los cuentos de Hoffmann; Austria con sus telégrafos de campaña ambulantes, que no han evitado sus pesadas derrotas, y sus magníficos cofres de guardar dinero, que tampoco evitarán su inminente bancarota; Suiza con sus magníficos telares; España con sus aserradoras muy dignas de estudio y sus troqueles que han inundado de medallas la Exposición; Italia llena de maquinillas de helar el agua; Rusia que por toda máquina expone los zapatos de sus antiguos siervos, de esos verdaderos hombres-máquinas; el Oriente con sus sillas de mano, sus andas de mil colores, sus camellos y sus elefantes, sus caravanas tostadas por el sol, y sus guerreros indios, casi fajados en grandes cintas de seda, con máscaras deformes sobre el rostro, cascos bizarrísimos á la cabeza y sobre el casco una rata blanca; los Estados-Unidos con sus locomotoras que son un portento, su piano de componer que simplifica las operaciones de la imprenta, y sus calderas de vapor que se aplican hasta los usos más sencillos del hogar, hasta los trabajos de las agujas femeniles; Inglaterra llena de artefactos de todas clases y de instrumentos del trabajo de todos géneros; con su corona de favor y su pirámide de oro de la Australia; Inglaterra, nación donde se han unido estas dos fuerzas, que se llaman la libertad del hombre y la actividad de la industria, es-

tas dos fuerzas, cuyo alcance se ve, se toca, se puede medir materialmente, después de haber contemplado esa magnífica galería de las máquinas que forman el ejército de la paz en el mundo.

La galería de primeras materias sigue á la galería de las máquinas. En este punto no muestra Francia ni la riqueza carbonífera de Inglaterra, ni la incomparable riqueza metálica de España. Pero pasando á la galería de tejidos, no puede darse variedad más rica de colores, ni gusto más esquisito de dibujos que los presentados por los telares franceses. Son los Ticianos, los Tintoretos del tejido. Y siendo esto cierto, no se concibe cómo las principales casas de París han podido presentar esos vestidos de señora tan chillones y abigarrados; esas telas verdes, sobre las cuales han aglomerado cintas de raso blanco, blondas de colores, bordados de hilillo de oro, y gargantillas de tal manera extrañas y tan llenas de broches y joyas, que no podrían ajustarse á la garganta de una dama sin destrozarla. Hay riquezas fabulosas, pero no iguala, no, á la riqueza de la materia la riqueza de la forma, que es el secreto del arte. Precisa decirlo; no se puede entrar en la sección de mueblaje francés sin experimentar un sentimiento extraño de admiración inspirado por aquellos muebles de todas épocas y de todos gustos, por aquellas estatuas de rinconera y por aquellas lámparas de cristal.

Bélgica ofrece encajes tan ligeros y tan aéreos, que parecen formados con las gasas mismas del aire. Sus esculturas en madera son muy notables, y fija la atención un reló donde se ve á Napoleon desde la Isla de Elba á París, reló que está pidiendo otro donde se le vea ir desde Waterlloo á la isla de Santa Elena. La Prusia está por allí ostentando primero su riqueza mineralógica en grutas de sal de Silesia y en pirámides de bronce; y luego su riqueza industrial en tejidos maravillosos de lana y en admirables productos



de tierra cocida. Una de las más gratas impresiones que he tenido en la Exposición, la debo á los acentos de un piano que tocaba sonatas de Mozart y de Weber. Esa música alemana tiene una sencillez tan encantadora, unida á un sentimiento tan profundo, que se arroja y se sumerge el alma en sus deliciosas melodías.

Estoy seguro de que el más indiferente contempla el Austria, donde involuntariamente se pára el espectador delante de aquellos cristales de Bohemia, que no tienen la transparencia del cristal inglés, ni la elegancia del cristal veneciano, pero que en cambio tiene un colorido brillantísimo, que no parece sino que cada uno de sus vasos es un rubí ó una esmeralda vaciados como los antiguos vasos de las cenas de Neron. Pero ahí está Suiza con su joyería de Ginebra, sus encajes de Saint-Gall, sus tejidos de Zurich, sus esculturas campestres que evocan y recuerdan las églogas de los lagos y de las cabañas alpestres.

En pos de Suiza, España. Sus riquezas naturales se hallan en la severa casa del Parque, el más bello modelo de arquitectura que se ha presentado en la Exposición. Mirad esos maniqués; el murciano con sus zaragüelles blancos y su manta morellana y su montera de terciopelo negro, y su chaleco brillantísimo con botones de plata, y su faja carmesí, mientras la murciana al lado luce su zagalejo, que parece púrpura bordada de sedas blancas, su pañuelo de finísimo hilo cuajado de relucientes lentejuelas, sus agujas de esmeraldas que recogen la negra cabellera, y sus peines de oro que brillan, aunque no tanto como el azabache de sus profundos ojos.

Si pudiera detenerme, habia de mostrar los cuadros españoles que compiten con los primeros cuadros del mundo, mostrando que nuestra decadencia jamás ha llegado á tres artes soberanas: á la elocuencia, á la dramática y á la pintura.

En la seccion de armas tiene España sus célebres espadas de Toledo; en la seccion de

vestidos, sus blondas de Barcelona y sus sedas de Valencia; en la seccion de muebles, unos magníficos embutidos, unos mosaicos de madera que son modelos de arte y de paciencia; un aparador blanco y morado y una librería que son modelos de buen gusto. En pos de España, Portugal, que brilla sobre todo en la galería de la Historia del trabajo, y en pos de Portugal, Grecia, que sólo brilla por las fotografías de sus ruinas, donde el alma de todo artista se recrea y se fortalece, como el alma de un verdadero creyente en el seno de su templo. De las regiones del Mediodía pasamos bruscamente á las regiones del Norte, sin que el pensamiento, esa grande ave capaz de surcar en un minuto lo infinito, se resienta ni de un constipado. Suecia, Dinamarca, Noruega, ofrecen sus admirables pieles, y los tipos de sus campesinos; los de las regiones polares, casi ocultos en pesados trajes y tendidos sobre rápidos trineós; los de las regiones más dulces, vestidos de telas muy fuertes, sin ese amor á los colores vivos y esa falta de armonía en las tintas y en los matices, que es la propiedad de todas las regiones donde el sol no pinta los admirables paisajes del Mediodía. En frente de Suecia, está Rusia. Nada más extraño que el contraste que hay entre los rusos venidos de las grandes capitales como San Petersburgo y Moscow, á la sociedad de París, rusos civilizados hasta rayar en cierta degeneración física propia de todas las civilizaciones muy maduras, rusos de una ilustración y de una cultura singulares, y los rusos campesinos, los rusos de los bosques, los rusos de las estepas, cuyos tipos y cuyos trajes se descubren por los escaparates de la Exposición, rusos de esa fuerza física propia de los salvajes. La exposición rusa tiene un carácter oriental, bizantino, medio alemán y medio primitivo, que prueba la confusión de ese imperio, de ese caos donde se están formando, para aparecer en lo porvenir, muchas naciones. Frente á frente de Rusia se dibujan ad-

mirables columnas clásicas pintadas al gusto pompeyano, que adivinó Rafael; estatuas, por cuyos labios ha pasado el soplo vivificante de la antigua Grecia, y en cuyas frentes de mármol se refleja ese rayo de la luna espiritual, que se llama hermosura; cuadros en mosaico, destacando de su fondo de oro, especie de atmósfera luminosa, correctas figuras que expresan recuerdos del mundo antiguo é imágenes del mundo moderno; mesas de mármoles, en las cuales se hallan incrustados, formando ramilletes de una frescura y de una gracia incomparable, piedras de todos colores, lujosos espejos, artísticas copas, arañas deslumbradoras adornadas con flores y guirnalda de chispeantes cristales; muebles, sobre los cuales se destacan en porcelanas aquellas hermosísimas diosas que nacieron á la sombra de los laureles y de los mirtos, que amamantaron á los poetas y á los escultores de un mundo nunca bastante llorado, y que todavía viven con sus coronas de espumas en las ondulaciones del Egeo y del Tirreno. Es la Italia, la bella Italia, el ruiseñor de las naciones, la musa de la historia moderna. Sus estatuas, sus muebles de lujo, sus mesas de mármol, son excepcionalmente bellas en este Museo universal del trabajo humano. El Oriente sigue, el Oriente, que se divide en tres grandes porciones. Los árabes que ostentan sus lápices, sus tejidos de seda, sus bordados de oro; sus pebeteros de ámbar, sus cogines de terciopelo, sus pipas de marfil, sus tazas de café, sus bandejas inmensas, los objetos propios de pueblos que han consagrado el cuerpo al serrallo, el alma al fatalismo, objetos empapados en esa luz del Oriente que parece como el amanecer de nuestro espíritu en los bordes del mundo.

Sigue la América; los Estados-Unidos con sus relojes de una precisión matemática, sus máquinas sin rival, sus instrumentos de enseñar geografía á los niños, que hacen del mundo sideral donde se abismaban Galileo y Laplace un encantador juguete; el Brasil con

sus maravillosas maderas y sus piedras de donde salen cinco condensaciones de los rayos de la luz, los topacios, las esmeraldas y los diamantes; las Repúblicas hispano-americanas del Sur con sus finas lanas; sus caños, sus pieles riquísimas, sus pintorescos gauchos, montados en caballos de la rapidez del viento, llevando el lazo para arrastrar al toro en la soledad de la verde y majestuósima pampa. Cierra el círculo misterioso Inglaterra. Algunos muebles pesados, pero otros muy sencillos; máquinas de cocina propias del carácter positivo y económico del gran pueblo; pabellones góticos formados por ovillos de hilo; tejidos innumerables; calderas de todas dimensiones; artefactos maravillosos, propios de esa nación-taller, de esa nación-dock, de esa nación que ha sabido unir á las fuerzas morales de la libertad, las fuerzas materiales del trabajo.

Después de este grandioso espectáculo, ¿quién dudará del progreso? ¿quién temerá que caigamos en una reacción sin remedio? ¿quién dejará de esperar en la santa redención humana?

¡La naturaleza! ¿Habrá en el mundo quien aborrezca este gran todo de donde nos viene el aire, la luz, el calor? Es necesario preguntarlo hoy, porque de otros tiempos de la historia sabemos que era casi una ley de moral, una regla de conducta renegar de esta fecunda madre, á cuyos pechos mamamos todos la vida. El desamor de la naturaleza ha pasado; pero el desamor de la naturaleza ha existido en el fondo del corazón humano, capaz de todas las ingratitudes. No desamaban la naturaleza los hombres que produjeron los poemas de Hesiodo, las Geórgicas de Virgilio, los idilios de Jeocrático. Al contrario, teniendo por el océano de la vida universal, poblaronla de géneos y de dioses que entonaban, desde el fondo de los abismos hasta la inmensidad de los cielos, en una oda infinita, las alabanzas de todos los seres creados, del aire, de los colores, de la vida que á todos